X

Luís Maubert se había dado de baja en el batallón de cazadores, terminados los sucesos de la Comuna, para ingresar en la infantería de marina, como otros muchos oficiales, que esperaban ascender así más rápidamente; y el resultado no defraudó sus esperanzas. Durante diez años había trabajado rudamente en el Senegal, en la Guyana y en Cochinchina; pero no se vive impunemente tanto tiempo en el clima abrasador de las colonias, y así es que á los treinta y cinco años, el coronel parecía tener algunos más. Calvo ya, curtido por un sol devorador, y enflaquecido por la fiebre y su incansable actividad, en nada se parecía al brillante joven de otra época. Deseoso de enviar una misión al Sur de Orán, el mi-

nistro de marina no podía elegir ningún individuo más propio que aquel oficial inteligente, resuelto y ambicioso; pero desde el principio del viaje, el coronel, echando de ver que iba mal preparado, volvió directamente á París para explicar las causas que le impulsaban á proceder así. Cierta mañana recibió una carta cuya firma le llamó la atención: la señora de Guessaint le rogaba que tuviese la bondad de pasar por su casa.

Habíanle interrogado ya en el ministerio sobre aquella muerte, aún misteriosa, y manifestó su opinión con toda claridad. El señor de Guessaint, geógrafo instruído y viajero experto, era aficionado en demasía á las mujeres, y apenas llegó á Orán enamoróse al punto de la hermosa Yelma, una mora de formas magníficas, de color mate y ojos prolongados, á la cual no vaciló en visitar en pleno día, arrostrando la cólera de su protector; por la noche volvía á su casa y ya no se le veía más. El coronel no podía probar que Enussí fuese el culpable; pero estaba convencido de que algunos hombres pagados por el tunecino habían asesinado al señor de Guessaint. En aquellos países, que aún son árabes á pesar de la dominación francesa, poco cuesta cometer un crimen; el parisiense no es nunca muy desconfiado, y sin dificultad se puede acometerle de noche al salir de una casa sospechosa y matarle de una cuchillada. El mar es un cómplice de quien cualquiera puede fiarse; se ata una pesada piedra al cuello del cadáver, se le arroja en las olas, y estas no revelan ya el secreto que se les confía. El procurador de Orán participaba un poco de la opinión del coronel Maubert;

mas parecíale imposible entablar la instrucción sin tener una prueba segura; es muy cómodo detener á un francés, reducirle á prisión, é intimidarle amenazándole; pero tratándose de los árabes, esos procedimientos europeos no dan resultado nunca, porque se encierran en un mutismo impasible, sin descubrirse jamás, gracias á su naturaleza flemática. Por otra parte, la encarcelación de Enussí, rico y opulento mercader, efectuada sin aparente motivo, hubiera suscitado la cólera y el enojo de muchos; y así es que la cuestión Guessaint, como la llamaban en Orán, aumentó el número de los crímenes misteriosos que la justicia conoce sin poder castigarlos.

La carta de la señora de Guessaint no dejó de inquietar al coronel. ¿Qué diría á la viuda de su compañero? ¿Confesaría que su esposo había sucumbido á causa de su exagerada pasión por la belleza de una mora?

Su amigo el señor Merson le tranquilizó sobre este punto.

—No esté usted inquieto—le dijo;—yo le aseguro que esa linda viuda no se desconsolará tanto como usted teme. La señora de Guessaint no ignoraba las costumbres algo musulmanas de su esposo; y, dicho sea entre nosotros, no creo que nos recuerde la aflicción de Artemisa.

—El hecho es que Guessaint.....

—Hasta creo poder asegurar á usted que esa señora desea interrogarle para obtener la prueba de la muerte de su esposo, pues á decir verdad, la pobre mujer

se halla en una situación enojosa. Es viuda... sin serlo, es decir que no puede volver á casarse. Dígale usted, pues, todo sin vacilar; y si puede ayudarla á despejar su situación ante los tribunales, la prestará usted un gran servicio.

Tranquilizado con esta confidencia, el coronel no vaciló ya; contestó á la señora de Guessaint que se ponía completamente á sus órdenes, y que tendría el honor de presentarse en su casa al día siguiente á las dos de la tarde.

Sabedora de esta visita, la viuda Rosny manifestó deseos de asistir á ella. En Francisca se efectuaba un cambio singular; no ignoraba por qué su hijo se había separado de ella sin decir á dónde iba; y comprendía que Santiago y Faustina, adorándose ciegamente, y separados por un imprevisto contratiempo, debían caer sin remedio uno en brazos de otro. La viuda Rosny se regocijaba del matrimonio de los jóvenes, sabiendo que Faustina era buena, sensible y generosa; no se le ocultaba que jamás hubiera podido encontrar una nuera más conveniente; y el recuerdo de la hermosa joven de otro tiempo ahogaba del todo sus celos maternos. Otras razones, más vulgares, abogaban en favor de aquel matrimonio: bajo el punto de vista de los sentimientos, Faustina representaba para ella la hija política ideal; y en cuanto á la ambición, jamás hubiera soñado para Santiago un enlace tan favorable. La inmensa fortuna de la señora de Guessaint, su elevada posición en el mundo y sus relaciones de familia, allanaban de una vez muchas dificultades en la vida

del artista, que llegaría de pronto al punto donde ella quería conducirle por caminos más extraviados y menos seguros. ¡Qué venganza tan brillante tomaría de los ricos y de los felices de este mundo! ¡El hijo de un comunista fusilado como un perro en un camino, casado con la hija de un general de división, de un hombre emparentando con las más nobles familias! Esto era para Francisca una satisfacción inmensa. Mas por otra parte, Faustina llegaba á ser para ella lo que siempre había temido: el ama, la dueña, tanto más peligrosa cuanto que tenía mayor influencia seductora. La madre no podía intervenir en la vida de ambos jóvenes, vigilarla y conducirla á su antojo; pero era preciso que la unión se efectuase, y para conseguirlo no retrocedería ante ningún esfuerzo. Aunque el señor Denizot afirmaba que sería inútil dirigirse á los magistrados, trataba de inducir á Faustina á presentar una instancia ante el tribunal del Sena; necesitábanse testigos para apoyarla, y el coronel Maubert podría presentarlos. Este nombre recordaba siniestramente á Francisca el capitán de cazadores que en otro tiempo había mandado fusilar al desgraciado Pedro Rosny. ¿Sería el mismo? Al consultar el *Anuario*, vió que figuraban en el ejército tres capitanes Maubert, y no imaginaba que el oficial de cazadores, permutando con uno de sus compañeros, hubiera ingresado en la infantería de marina en el mes de Octubre de 1871.

Su ambición maternal le inspiraba, por lo tanto, el deseo de asistir á la conferencia de Faustina y del coronel; quería escuchar con atención todo lo que dijera

aquel jefe, recoger sus menores palabras, y ver si del todo surgiría una prueba que pudiese convencer á los jueces. A las dos llegó á casa de la señora de Guessaint, que esperaba en su taller, pensando en aquella visita que tal vez despejaría su situación.

—Doy á usted gracias por haberme permitido venir —dijo á la señora de Guessaint—pues se trata de la dicha de todos. He dejado á Santiago muy pensativo é inquieto, y luego vendrá para saber si hemos averiguado algo.

—¿Qué le diré á usted?—repuso Faustina;—la esperanza es muy tenaz en el corazón humano; el coronel nos revelará tal vez alguna cosa; pero no veo cómo podrá saber lo que los magistrados ignoran.

Cuando resonó el timbre de la puerta de entrada, las dos mujeres se miraron muy conmovidas: la suerte iba á decidir. Francisca, un poco separada, pero á la luz, acechaba la aparición del oficial con ansiosa curiosidad; Faustina, más dueña de sí, permanecía sentada en el fondo del taller, un poco en la sombra; levantóse ligeramente cuando el coronel entró é indicóle un asiento.

—Agradezco á usted—dijo—su inmediata visita, y le doy gracias por su buen deseo en complacerme.

El coronel se inclinó: al entrar había saludado á Francisca y á la señora de Guessaint; pero no veía bien á esta última.

—No hago más que cumplir con mi deber, señora. El señor de Guessaint ha sido víctima de un crimen, que por desgracia queda impune, y tendré la mayor

satisfacción si, uniendo mis esfuerzos con los de usted, consigo que se castigue ese cobarde asesinato.

Y recordando las advertencias del señor de Merson, el coronel no vaciló en referir los detalles del drama en toda su cruel realidad. Atenuó algunos, sin atreverse á insistir demasiado sobre la participación de la hermosa morisca; pero demostró cómo la reflexión confirmaba las hipótesis del primer momento, y porqué sospechaba que Enussí había querido desembarazarse de un rival que le molestaba. Poco á poco el oficial se animó, y su descripción llegó á ser muy pintoresca. Cuando se ha vivido largo tiempo en Oriente, la imaginación conserva como un sello de aquel brillante sol luminoso. Maubert se expresaba como hombre que ha visto y estudiado profundamente; y al hablar de la callejuela de Orán donde, en su concepto, se preparó la emboscada; de la tiendecilla del aguador y traficante en dátiles que allí había; y de la playa inmediata, tenebrosa durante la noche, cuya oscuridad debió favorecer á los que arrojaron al agua el cadáver de la víctima, el coronel comunicó á su relato el más vivo colorido.

—De modo que—repuso Faustina—los culpables, en concepto de usted, son los dos árabes que rondaban la casa de la morisca?

—Estoy casi seguro, señora.

—¿Se ha buscado á esos hombres?

—Sí; se han seguido pacientemente sus huellas, pero de pronto se perdieron, pues los árabes encuentran diez cómplices cuando los necesitan; comprenden

que se han de ayudar unos á otros, y su mayor satisfacción es engañar á la justicia francesa, que les inspira tanto odio como terror.

—¿Sabe usted qué opinan los agentes de policía que se enviaron de París?

—Piensan como yo. Son hombres inteligentes á quienes he visto trabajar; han hecho, y hacen todavía, cuanto es posible para descubrir al culpable; y aseguro á usted que no se han desanimado nunca.

Francisca escuchaba ávidamente: el coronel no les decía nada nuevo; mas esperaba siempre que alguna frase, ó una palabra cualquiera arrojaría luz en aquel tenebroso drama. El coronel miraba algo distraídamente á su alrededor, como hombre aficionado á las buenas cosas, y á quien interesan los objetos artísticos. De repente manifestó una especie de admiración, al fijar su mirada en uno de los dos retratos pintados por Faustina.

—Si no me engaño—dijo—ese es el general de Bressier.

—Mi padre, caballero.

El oficial hizo un brusco movimiento y adelantóse hacia Faustina, que habiéndose levantado, hallábase en plena luz y se dejaba ver bien.

—Dispénseme usted, señora—dijo el coronel;—hubiera debido reconocerla desde luego.

—Yo no recordaba haber tenido el gusto de ver á usted antes, caballero; pero ha pronunciado el nombre de mi padre, y esto solo produce en mí una emoción que no puedo reprimir.

—Pues nos hemos encontrado hace diez años, señora, y en circunstancias casi tan tristes como las de hoy. Diríase que, por una extraña casualidad, estoy destinado á no ser para usted más que un mensajero de desgracia. La primera vez que entré en su casa fué para anunciarle la muerte de su hermano; y la segunda para hablarle de la de su esposo.

Faustina dejó escapar un grito.

—¡Ya me acuerdo!—exclamó.

—Mi rostro no le recordaba á usted nada á primera vista; y es que la infantería de marina nos desfigura muy pronto; pero en todas partes, así bajo el cielo abrasador del Senegal, como en los espesos bosques de la Guyana, he recordado la siniestra aventura del mes de Mayo del año 71. ¿Cómo se llamaba aquel infeliz que le pidió á usted asilo? Ya no me acuerdo. ¡Me pasaron tantos por las manos en la semana siguiente! Me parece estar viendo aquella verja cerrada, en el momento en que yo refería el martirio del desgraciado Esteban, á usted, que lo ignoraba todo; y aún se me representa aquel guardia nacional que, saliendo de la espesura donde se ocultaba, dijo con aire resuelto: «¡Soy un soldado, no un asesino!»... ¡Qué cosa tan atroz es la guerra civil!

Faustina ocultaba su cabeza entre las manos, abandonándose á sus recuerdos como el oficial, y ambos olvidaban á la viuda Rosny, que los miraba, pálida y muda, apoyándose en la pared y diciendo para sí: «¡Ese es quien fusiló á mi esposo! ¡Ese es!...» Entonces recordó las líneas reveladoras impresas en otro

tiempo en el diario: «Anteayer, el capitán Maubert, del tercer batallón de cazadores de línea...» ¡No, se engañaba; era imposible! Tres oficiales del mismo nombre servian en el ejército. ¿Por qué había de ser aquel más bien que otro? La verdad se le aparecía en toda su desnudez, y aún rehusaba creerla. Con la mano crispada oprimíase el corazón, que parecía saltar en el pecho, y queriendo disimular la angustia que la ahogaba, preguntó con voz temblorosa:

—¿Estaba usted en el ejército de Versalles, caballero?

—Sí, señora; era capitán del tercer batallón de cazadores.

—¿De cazadores?...

—Perseguiamos á un comunista refugiado en el bosque con unos sesenta compañeros. La señora de Guessaint le había dado asilo en su parque; mas exasperada por la muerte de su hermano, nos le entregó, y mis soldados le pasaron por las armas.

Francisca no contestó, y dejóse caer en un sillón como aniquilada. Al cabo de diez años hallábase frente al hombre que hizo fusilar á Pedro; y además, descubría que una mujer le había entregado al furor de sus enemigos, precisamente la misma que debía casarse con su hijo. Santiago amaba á la que entregó á su padre á sus verdugos; y, á no ser por una casualidad, ya sería su esposo. ¡Las fatalidades de la vida reunían en el amor á dos seres separados por el odio!

Faustina y el coronel cambiaron algunas palabras

más, y la señora de Guessaint se levantó para acompañar al visitante.

—Hice el retrato que acaba usted de ver—dijo la joven—poco antes de la muerte del general; pero quisiera enseñarle otro, pintado hace algunos años. Sírvase usted bajar á mi gabinete. Dispénseme usted, señora.

—Sí,... sí...—balbuceó la viuda, volviendo la cabeza para ocultar su palidez.

Cuando Francisca estuvo sola, cien ideas tumultuosas cruzaron por su espíritu. ¿Qué hacer? Los amores de Santiago y de Faustina le parecían monstruosos como un incesto. Iba á destrozar el corazón de su hijo, reduciéndole á la desesperación y al aniquilamiento de su vida; y sin embargo, no podía vacilar. Desde el fondo de la tumba desconocida que ocultaba sus restos abandonados, Pedro Rosny surgía de improviso para interponerse entre aquellos dos amantes. Los huesos blanqueados del guardia nacional clamaban venganza; oía el grito de cólera de su difunto esposo, y todo su odio se despertaba en un acceso de violenta pasión. ¡Cómo sufriría Santiago! No, el hombre no ha muerto cuando ha dejado de existir; más allá de las tumbas cerradas se cierne aún el recuerdo, que nada puede aniquilar, ni las balas en un camino, ni un periodo de diez años, ni el amor que reune á dos seres, ni la calma que se produce en los espíritus.

Santiago entró en el taller.

—¿No está la señora de Guessaint?—preguntó con voz clara.

—¡Él!—balbuceó Francisca.

—¿Estás sola, madre?... ¿Qué tienes?... Te encuentro muy pálida... ¿Te sientes indispuesta?

—Hijo mío...

Las palabras se anudaban en su garganta.

—¡Me das miedo, estás lívida, tus manos tiemblan!... ¿Qué ocurre aquí?... en esta casa ha sucedido alguna desgracia. ¡Dios mío! ¿Faustina?...

La viuda contemplaba á su hijo con los ojos llenos de lágrimas, pues sufría ya por el cruel disgusto que debía ocasionar á Santiago.

—Hijo mío, escúchame—dijo—tengo que hablarte; pero júrame que te mostrarás sereno y tendrás valor...

—¿Pero no ves que me espantas?—repuso el joven. —¡Vamos, ya sabes que soy fuerte; por amor de Dios, habla!

—¿Amas á Faustina?

—¡Que si la amo!

—Quiero decir que si la adoras hasta el punto de no poder vivir sin ella.

Santiago desfallecía, y profirió un grito de desesperación.

—¡Faustina ha muerto!—exclamó.

—No; ahora vendrá, pero antes que la veas es preciso que yo te diga... ¡Dios mío! no sé cómo hacerlo... Escucha; hace un momento hallábase aquí un hombre, un oficial, el coronel Maubert.

—¡Maubert!

—¿Tiemblas? Sí, él es quien fusiló en otro tiempo á

tu padre. Pregúntaselo á Faustina; ella te dirá de qué modo murió Pedro Rosny.

—¿Cómo lo sabe ella?

Aquellas reticencias, aquellas vacilaciones hacían temblar al joven, que presentía una desgracia sin comprenderla. Francisca veía tal expresión de dolor en el rostro de su hijo, que no osaba hablar, pero tampoco podía callarse. En aquel momento abrióse la puerta, y Faustina apareció en el umbral. Santiago corrió hacia ella.

—¡Por favor—exclamó—cuéntamelo todo! Mi madre no quiere decirme nada.

Faustina miró al joven con asombro. ¿Qué significaba aquella ansiedad y aquel ardimiento de Santiago? ¿Porqué la miraba como fuera de sí?

—¿Qué he de contar?—repuso—no sé... ¿Qué significa?

—Ruego á usted que refiera á Santiago cuanto decía antes al coronel Maubert—repuso Francisca con voz sorda.

—Yo se lo suplico también, Faustina—añadió el joven.

La señora de Guessaint contemplaba á los dos sin adivinar el drama sombrío de que se trataba; pero sorprendida al ver á la viuda pálida y amenazadora, y á Santiago lívido.

—¿Qué decía yo al coronel Maubert?—replicó la señora de Guessaint.—El coronel me recordaba la muerte de mi pobre hermano.

—Sí, eso es...

—¿Pero cómo ese espantoso recuerdo puede producir en ustedes tan profunda perturbación?

Santiago miraba siempre á Francisca, pues la voluntad de su madre pesaba sobre él; ella le dictaba sus precipitadas palabras y sus preguntas; y por otra parte, aquel nombre de Maubert despertaba el recuerdo de un pasado horrible. Sin embargo, ignoraba lo que la señora de Guessaint tendría que ver con todo aquello: sin duda era algún misterio espantoso, donde iban á hundirse, como en un precipicio, su amor y su felicidad.

—La conjuro á usted que hable—dijo Santiago.—¿Qué decía al coronel? Quiero y deseo saberlo.

—Le decía... ¡Ah! esto es una crueldad. Toda esa historia que yo creía olvidada hace diez años, renace ahora, viva y lúgubre, bajo el tenebroso velo del pasado. Ahora se me representa aquel día maldito... Un guardia nacional había entrado en mi casa; perseguíanle varios soldados, y me pidió asilo. ¡Cuántas veces se me apareció en sueños su pálido espectro! Recogí al infeliz, aunque mi padre había muerto la víspera; pero como hija de soldado, respetaba á los vencidos. Quise salvarle, quise arrancar aquella víctima de la muerte que tantos habían sufrido; había cerrado la verja del parque, y mi casa era para él un asilo inviolable. Después llegó el capitán Maubert, y dióme una noticia que otra vez llenó de luto mi corazón.

—Después... después...—balbuceó Santiago.

—Mi pobre Esteban, tan bueno, tan generoso como intrépido, había sido conducido á un bosque por un

pelotón de guardias nacionales, y una vez allí, martirizáronle y le asesinaron... ¡Esto es atroz!...

—¿Y después?—repitió Santiago con voz ahogada.

—Después perdí la cabeza, deliré, y casi loca abrí la verja, entregando al hombre á quien había recibido, y que al salir me dijo: «La perdono á usted...» Yo no me he perdonado nunca. Puedo excusarme diciendo que había perdido la razón; que veía al infeliz Esteban destrozado por sus verdugos; pero esta excusa, que los hombres y Dios pueden aceptar, no la admite mi conciencia. Repito que entregué aquel hombre, sacáronle de allí y le fusilaron... pero ¿porqué me pregunta usted todo eso? ¿Porqué está su madre amenazadora, y usted tembloroso, Santiago?

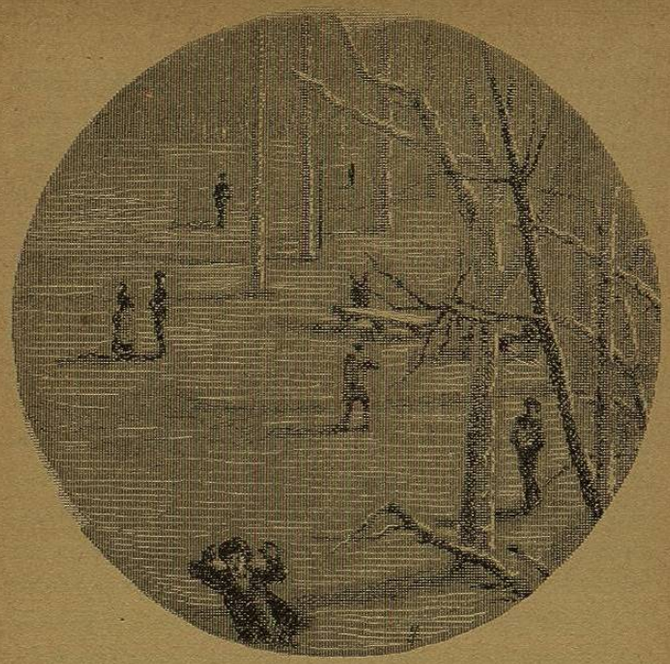
Francisca y su hijo inclinaban la cabeza; Faustina los contemplaba con espanto; pero lentamente hízose la luz en su cerebro; recordó la terrible confidencia de su amante y profirió un grito desesperado.

—¡Dios mío—exclamó—su padre!

—Era él.

Faustina cayó de rodillas aniquilada. Santiago, aturdido, y como alucinado, miraba á la señora de Guessaint con ojos de loco: quiso hablar y no pudo, y haciendo al fin un ademán violento, salió precipitadamente de la estancia. Faustina sollozaba; toda su felicidad se desvanecía de pronto, y parecíale que descargaban repetidos golpes en su corazón. Francisca permanecía inmóvil: toda la cólera y el odio concentrados en su alma despertábanse en un acceso de furor; olvidaba á la que lloraba á sus pies, y también

al hijo que acababa de huir, arrastrado por su desesperación, como la hoja muerta por el viento de la tempestad; sólo veía el fantasma del fusilado clamando venganza, y anonadaba á Faustina con sus miradas implacables.



XI

Faustina era la causa de la muerte de su padre! Estas terribles palabras resonaban en los oídos del infeliz Santiago, que huía como perseguido por un espectro. Los paseantes, asombrados, observaban con estupor aquel joven elegante, que corría como un loco, con el rostro pálido, los ojos inyectados de sangre y el cuerpo tembloroso. A los